

EL SOMBRERO DEL MALO

EN PUGNA CON LOS VILLANOS
(REALES E IMAGINARIOS)



CHUCK
KLOSTERMAN

Traducción: Óscar Palmer Yáñez

Ilustraciones: David Sánchez



ES POP ENSAYO
ES POP EDICIONES

TÍTULO ORIGINAL:
I Wear the Black Hat
Scribner
Nueva York, 2013

1ª EDICIÓN: FEBRERO 2016

Publicado por
ES POP EDICIONES
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid
www.espop.es

Published by arrangement with Scribner,
a division of Simon & Schuster, Inc.
© 2013, 2014: Chuck Klosterman
© 2016 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez
© 2016 de las ilustraciones: David Sánchez
© 2016 de esta edición: Es Pop Ediciones

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:

Manuela Carmona

DISEÑO Y MAQUETA:

El Pulpo Design

LOGO:

Gabi Beltrán

IMPRESIÓN Y ENCUADERNACIÓN:

Huertas

Impreso en España
ISBN: 978-84-944587-1-2
Depósito legal: M-5262-2016

A un hombre se le debería juzgar predominantemente por sus depravaciones. Las virtudes pueden ser fingidas. Las depravaciones son reales.

—Klaus Kinski, **supernihilista**.

Voy a citar una frase de Yeats. Creo que es: «Los mejores carecen de toda convicción, mientras que a los mejores les colma...». Espera, no. Es al revés. «Los mejores carecen de toda convicción y a los *peores* les colma una intensidad apasionada». Ahora adivina con cuáles estoy yo.

—Lou Reed, **supercolocado**.

No soy un buen tipo. Es decir, no le hago daño a nadie. Pero tampoco ayudo.

—Louis C.K., **superreal**.

ÍNDICE

Prefacio	11
Dime con quién se junta y me dirás cómo es la sociedad	19
Otra cosa que me interesa de los Eagles es que los odio [por obligación contractual]	35
Villanos que no son villanos	53
Más fácil que escribir a máquina	75
Topeka perpetua	95
Arcilla humana	113
Sin una pistola no se comerán un rosco	127
Arrestado por fumar	149
Funeral eléctrico	177
Este zeitgeist me da sed	197
«Estoy perplejo» [por esto, por esto, por esto te odian]	207
Crimen y castigo (o la ausencia del mismo)	225
Hitler sale en el libro	247
El problema de las ideas sobrevaloradas	261
Agradecimientos	267
Índice onomástico	269

PREFACIO

Parece como si hubiera sido hace veinticinco vidas, pero fue hace tan sólo veinticinco años. Un amigo mayor que yo me pasó un casete que había duplicado a partir de otro casete (esto sucedía en la era de «grabar cintas», que venía a ser como el intercambio de archivos para iguanodontes). Era la copia de un álbum que me apetecía tener, pero el álbum sólo duraba treinta y ocho minutos, lo cual quiere decir que todavía quedaban siete minutos libres al final de la cara A de la cinta. Para llenar el vacío, mi amigo añadió una canción extra de Metallica. Era la versión de un tema del grupo británico Diamond Head, un conjunto que a mí no me sonaba de nada. Los versos iniciales de la canción me perturbaron profundamente, sobre todo porque malinterpreté su significado (aunque sospecho que lo mismo debió de sucederles a los miembros de Metallica). La letra expresaba un vitriolo inconmensurable hacia la madre del cantante junto al deseo de quemarla viva. El estribillo era malicioso y directo: *Am I evil? Yes I am. Am I evil? I am man* («¿Soy malvado? Sí lo soy. ¿Soy malvado? Soy hombre»).

No recuerdo exactamente qué fue lo que pensé la primera vez que oí aquellas palabras; era un adolescente, así que probablemente fuese algo creativo y contradictorio, y estoy relativamente seguro de que imaginé una coma inexistente justo después del

cuarto «*I am*»¹. Pero sí recuerdo cómo me sentí: confundido e interesado. Y si a los catorce años hubiera sido capaz de explicar mi estado mental con la claridad lingüística que poseo a los cuarenta, asumo que mi reacción habría sido la misma complicada pregunta que me planteo en este preciso instante: ¿por qué iba a *desear* nadie ser malvado?

Escribo esta frase una tarde de otoño. Todas las hojas han muerto, pero siguen aferradas a las ramas de los árboles a la espera del frío venidero. Al otro lado de la ventana de mi sala de estar, tres plantas más abajo, veo individuos que pasean por la calle. Reconozco vagamente a algunos de ellos, pero no a la mayoría. Raras veces recuerdo los nombres o las caras de las personas a menos que sean personajes de ficción. Aun así, no considero que ninguno de esos desconocidos suponga una amenaza. Imagino que uno nunca puede llegar a saber con certeza cómo es otro ser humano, máxime si no tienes familiaridad con él, pero tiendo a ser confiado. Tienen más cosas en común conmigo que diferencias: predominantemente de raza blanca, en torno a la mediana edad y vestidos de una manera que sugiere una clase social distinta que aquella a la que verdaderamente pertenecen (la mayoría parecen más pobres de lo que son, pero también hay un par que apuntan en la otra dirección). Todos parecen superficialmente afables, pero ninguno irrefutablemente digno de confianza. Y mientras observo a estas personas desde mi ventana, me descubro preguntándome una cosa:

¿Acaso me importa alguna de ellas?

Ciertamente no me desagradan, porque no tengo motivo para ello. Si uno de estos desconocidos se encontrara repentinamente en un apuro y estuviera en mi mano ayudarlo, lo haría sin lugar a dudas... aunque sospecho que es posible que mi motivo para

1. En inglés, la inserción de una coma entre «*I am*» y «*man*» cambiaría por completo el significado de la frase; en vez de «Soy hombre» (en el sentido más amplio, abarcando a todo el género) pasaría a ser una refrendación de la frase anterior: «Lo soy, tío». (*Todas las notas son del traductor*).

obrar de tal manera no tenga nada que ver con *ellos*. Creo más bien que sería el resultado de todas las obligaciones sociales que me han inculcado desde pequeño, quizá como un modo de proteger mi autoestima o quizá porque me sentiría un cobarde si no ayudara a una persona necesitada en público (o quizá por temor a que otros pudieran verme ignorando premeditadamente a una persona en apuros). Me importan los desconocidos cuando son abstracciones, pero apenas siento nada cuando los tengo literalmente delante de mí. Parecen personajes anónimos en una novela mal escrita sobre mi vida; una novela que además hubiera sido mal escrita por mí. La perspectiva es en primera persona, pero el protagonista no hace gran cosa. De hecho no hace nada. Sólo mira por la ventana.

Esta conclusión consigue que me avergüence de mí mismo... pero no tanto como para que repentinamente (y de manera genuina) empiece a importarme lo que pueda sucederles a esos individuos al azar que pasean por la calle. Me siento peor conmigo mismo, pero no siento nada distinto por ellos. Lo cual me impulsa a ponderar varias cuestiones a la vez:

- 1) ¿Soy un psicópata?
- 2) ¿Es mi definición del verbo «importar» distinta de la definición manejada por otras personas? ¿Es posible que *sí* me importe, pero que defina el concepto de «importar» o «preocuparse» como una aspiración irreal que todo lo abarca (hasta tal punto que me resulta imposible reconocer mi propia empatía)?
- 3) Ser consciente de esta carencia emocional, ¿implica que en realidad me preocupo *más* que otras personas? ¿O esto último no es sino un cómico autoengaño?
- 4) ¿Y qué pasa si estos desconocidos son malas personas? ¿Eliminaría eso mi responsabilidad emocional? Nadie tiene por qué sentirse mal por no preocuparse por Adolf Hitler. ¿Verdad? Verdad. Bueno, ¿y si alguno de estos anónimos

- desconocidos fuera a comportarse exactamente igual que Hitler en caso de que se le concedieran los medios y la oportunidad? ¿O peor que Hitler? ¿Y si, en caso de obtener un poder ilimitado, alguna de estas personas fuera a convertirse en Superhitler? ¿Tengo que seguir preocupándome por ellas mientras no demuestren lo contrario? ¿Deben importarme como seres humanos *hasta* que invadan Polonia? Y para ser verdaderamente bueno, ¿debería seguir preocupándome por ellos incluso *después* de que lo hayan hecho?
- 5) ¿Por qué siempre sospecho que todo el mundo miente cuando expresa cómo se siente?
 - 6) ¿Qué me hace pensar que puedo entender el mundo mirando por la ventana?
 - 7) Asumamos que la mitad de las personas que veo en mi calle son categóricamente «buenas» y la otra mitad categóricamente «malas». No tengo manera de dirimir quién es quién, pero (de algún modo) sé que se trata de una verdad irrefutable. Partamos también del supuesto de que los humanos tienen potestad sobre ambas clasificaciones. Asumamos que no hay un Poder Superior ni vida eterna, y que todas estas personas —al margen de su historia social y de su educación familiar— pueden *decidir* con conocimiento de causa si quieren ser buenos o malos. Asumamos que se trata de una elección sin ambigüedades al alcance de todo ser humano, basada en toda la información disponible. En caso de que todo esto sea cierto, el significado de la palabra «bueno» y el significado de la palabra «malo» no son más que fabricaciones. Son clasificaciones creadas subjetivamente por nosotros; sus acepciones no derivan de una realidad mayor ni de una verdad más profunda. Simplemente son dos definiciones a las que hemos llegado *por acuerdo*, basándonos en varios libros, mitos, parábolas, filosofías, obras de arte y cualquier otra cosa que «sintamos» que pone de manifiesto la diferencia innata entre la rectitud y la

maldad. En otras palabras, hay «buenas personas» y «malas personas», pero ambas designaciones son irreales; existen en la conversación, pero han sido completamente inventadas. Dentro de este contexto, ¿seguiría siendo la bondad algo a lo que aspirar? ¿No implicaría esto que las personas buenas son simplemente aquellas que aceptan que lo que les han contado es arbitrariamente cierto? ¿Que han aceptado unas reglas que no han creado por sí mismos?

- 8) El filósofo estadounidense John Rawls (1921-2002) tuvo cantidad de ideas pasmosas, pero quizás la más importante fue su concepto del «velo de la ignorancia». La mejor manera de aplicarlo es en relación con la creación de contratos sociales. Aun a riesgo de simplificar en exceso, el planteamiento de Rawls era básicamente el siguiente: simulemos que tuvieras el poder de recrear instantáneamente la sociedad estadounidense en su totalidad y que pudieras hacerlo de la manera que te viniera en gana. Podrías crear (o eliminar) cualquier ley que se te antojase y podrías aplicar cualquier estructura económica y judicial que en tu opinión fuera a ser la mejor. Sin embargo, debes hacerlo cubierto por un mágico «velo de ignorancia». En el momento inmediatamente posterior a haber creado este sistema, dejarás de ser tú mismo (e ignoras por completo cuál será tu papel en esta nueva sociedad). Podrías ser un facsímil de la persona que eres ahora o podrías ser alguien completamente nuevo. Tu sexo o tu raza podrían ser distintos. Es posible que acabes viviendo en la miseria o siendo espantosamente feo. Tendrás un nivel distinto de inteligencia y una ética laboral diferente. Igual podrías ser discapacitado que un superatleta, homosexual que un loco criminal. En tales circunstancias, (probablemente) querrás crear una sociedad tan justa e integérrima como te sea posible, ya que no tienes ni idea de qué posición ocuparás dentro de esos nuevos límites construidos por ti mismo. Te verás obligado a pensar más allá de tus circunstancias actuales,

porque mañana podrías ser una persona completamente distinta. Pero intenta llevar a cabo ese mismo proceso con la *bondad* y en particular con nuestra manera de calibrar qué es la bondad. Intenta elaborar una lista de declaraciones o reglas que tracen una definición universal de lo que significa ser bueno, para todo el mundo y para toda la eternidad. Y hazlo cubierto por otro «velo de ignorancia». Hazlo con el conocimiento de que —mañana— serás una persona completamente diferente que verá el mundo de un modo completamente ajeno a tu yo actual. Puede que esta nueva encarnación tuya carezca de la capacidad de controlar tus impulsos más oscuros. Puede que seas incapaz de sentir compasión. Puede que acarrees las emociones de alguien habitualmente ridiculizado de adolescente, las de un superviviente de abusos infantiles o las de una niña pija nacida en el seno de tal prosperidad que jamás ha tenido siquiera una oportunidad real de comprender que pueda existir otra vida al margen de la que le ha tocado de chiripa. ¿Afectaría esta posibilidad a tu visión particular de la *bondad*? ¿Definirías el concepto de manera más amplia y con mayor elasticidad? Por algún motivo, está en la naturaleza humana decir que no. Tendemos a ver la bondad como algo que existe por sí mismo; queremos creer que la bondad y la maldad son rasgos fundamentales que trascienden la clase o la experiencia personal. La niña pija y el asesino en serie no reciben una dispensa especial debido a las circunstancias. No queremos ver el bien y el mal como conceptos *establecidos* por nosotros, porque son términos que necesitamos que hayan sido establecidos por algún otro.

9) ¿Soy malvado? Sí. Lo soy, tío.

Este libro está centrado en la exposición. Uno podría pensar que debería centrarse en el «contexto», pero he llegado a la conclusión de que el público crea más contexto que el creador. Este libro está

centrado en la *exposición*, porque —por encima de lo que pueda quedar técnica y literalmente expresado— es el enfoque sobre dicha exposición lo que dicta el significado que será (con el tiempo) contextualizado por otros. Por ejemplo: para poder considerar algo como sátira, antes debemos aceptar que existe una versión no satírica de ese mismo argumento aceptada por otras personas, aunque se trate de personas a las que nunca hemos conocido. De no ser así, ¿por qué íbamos a satirizarlo? [Esto, me parece, es un modo complicado de explicar una idea demasiado incómoda para plantearla a las claras: es posible que el contexto no tenga ninguna importancia. Nos parece que debería importar muchísimo, porque nos han educado para creer que «el contexto lo es todo». Pero ¿por qué lo creemos? Pues porque esa frase nos permite hacer que las cosas signifiquen lo que nosotros queramos, para cualesquiera que sean nuestros propósitos].

Esto es lo que no va a ser este libro: no van a ser 200 páginas de comparaciones entre los Beatles y los Rolling Stones, a pesar de que he estado tentado de caer en ellas al menos en diecisiete párrafos distintos. No va a ser un análisis del mundo de la lucha libre profesional ni de las mujeres que intervienen en programas de telerrealidad con la firme intención de no hacer amigos. Y, sobre todo, no será una argumentación repetida hasta la saciedad de que ninguna persona mala es mala del todo y ninguna persona buena es buena del todo. Los individuos racionales ya entienden que el mundo es así, pero si resulta que eres una persona racional *pero no del todo* —si existen ciertos personajes sobre los que simplemente te niegas a reflexionar desde una perspectiva que no sea cien por cien negativa o cien por cien positiva—, ciertas partes de este libro te van a ofender (moderadamente). Te cabrearán y te descubrirás intentando descartar intelectualmente afirmaciones que es posible que tú mismo hagas de manera natural sobre otras personas. Eso es lo que sucede cuando las cosas que sentimos y las cosas que sabemos se niegan a coincidir de la manera en la que estamos condicionados para fingir que lo hacen.

Antes de iniciar este proyecto, almorcé con mi editor (el mismo editor que con el tiempo acabó revisando este manuscrito). Estuvimos hablando sobre *La guerra de las galaxias*, que su hijo de cuatro años había visto por primera vez hacía poco. El crío se quedó alucinado. Durante nuestra conversación, expresé mi teoría de que se da una evolución natural en la manera en la que el público masculino responde a la saga *Star Wars*: cuando eres muy joven, el personaje que más admiras es Luke Skywalker (que es completamente bueno). A medida que te vas haciendo mayor, empiezas a gravitar hacia Han Solo (que es en última instancia bueno, pero malo a un nivel superficial). Pero cuando llegas a la madurez y a ese momento de la vida en el que *La guerra de las galaxias* empieza a parecer lo que de verdad es (una *space opera* mejor que la media, levantada en torno a una idea icónica), resulta inevitable acabar identificándose con Darth Vader. Como adulto, Vader es de lejos el personaje más intrigante y aparentemente el único esencial.

—No tengo muy claro que todo el mundo vaya a estar de acuerdo con tu premisa —me dijo mi editor—. Creo que la mayoría de tíos dejan de evolucionar en Han Solo.

Fue entonces cuando empezamos a hablar sobre este libro o sobre lo que este libro podría ser en teoría. Fue una conversación nebulosa. Mi editor quería saber por qué deseaba escribir sobre villanos. Le dije que no era capaz de ofrecerle una explicación coherente, pero que sabía que este era el libro que quería escribir.

—Bueno, yo también tengo mi teoría —dijo él—. Creo que sí sabes por qué quieres escribirlo. Creo que es porque te asusta la posibilidad de ser una persona vil.

No tuve respuesta. Mucho después, escribí esto.